
La teoría del conocimiento en Montesquieu

I. Innatismo *versus* sensualismo. Racionalismo y empirismo en el proyecto epistemológico del siglo XVIII

Si, de acuerdo con Koyré, «el lugar de la metodología no está en el principio del desarrollo científico, sino, por así decir, en medio de éste», pues «ninguna ciencia ha comenzado nunca con un *tractatus de methodo*, ni ha progresado nunca gracias a la aplicación de un método elaborado de un modo puramente abstracto, a pesar del “Discurso del Método” de Descartes. Este, como todos sabemos, fue escrito no *antes*, sino *después* de los *Ensayos* científicos de los que constituye el prefacio. En realidad, codifica las reglas de la geometría algebraica cartesiana...»¹; si, por tanto, el análisis de la metodología de Montesquieu sólo es factible intentarlo a partir de la consideración importante de sus años de formación como sabio «aficionado» naturalista, resulta también necesario referirse a unos antecedentes intelectuales que condicionan la problemática del conocimiento en los hombres de la Ilustración.

Pues, en efecto, innatismo y sensualismo, racionalismo y empirismo, son las categorías epistemológicas y metodológicas entre las que se debate la construcción intelectual de los hombres de los siglos XVII y XVIII. Como es sabido, las cuestiones relativas a la estructura del conocimiento y al método se convierten en fundamentales a partir de la interpretación mecánica de la realidad. Si el mundo, natural y humano, es una máquina, es obvio que para conocerlo, para descubrir, por tanto, la verdad de la naturaleza, hay que proceder a desmontarlo con un determinado orden. Su conocimiento no es obra del azar, ni de la gracia o la revelación, sino de un trabajo metódico, llevado a cabo por la inteligencia y la razón humanas. Partiendo de esta visión del universo como una máquina con sus propias leyes, la ciencia moderna se preguntará no ya por cuál puede ser el mecanismo que impulse sus partes, no el *qué* del mismo, sino el *cómo* se produce la interrelación de las mismas. La naturaleza pasa a ser concebida como un sistema que se explica por un conjunto de funciones en interacción, donde cada cuerpo viene definido por el lugar que ocupa en tal sistema. Tal interacción se establece por una serie de relaciones matemáticas entre las funciones; las leyes que dan cuenta, pues, de éstas, son leyes de carácter matemático. El método resolutivo-compositivo galileano integra, como se sabe, en un mecanismo dialéctico los conceptos puros matemáticos y la contrastación empírica, la razón y la experiencia, y transforma decisivamente la visión tradicional del mundo².

¹ KOYRÉ, A.: «Los orígenes de la ciencia moderna», en *Estudios de historia del pensamiento científico*, siglo XXI, págs. 66-67, Madrid, 1977.

² Existen, sin embargo, importantes interpretaciones de historiadores de la ciencia que marcan el acento no en ruptura, sino en la continuidad entre la ciencia y metodología de la época medieval y de la moderna.

El nuevo modelo epistemológico basado en la mecánica, al abarcar toda la realidad, se convierte en un proyecto epistemológico total, muy diferente de lo que se entendía por «método» anteriormente. El método escolástico se trataba primordialmente de un método formal, de tipo retórico, en el que se daban unas reglas de juego para llegar a descubrir la verdad. Pero ésta estaba siempre ahí, eterna e inmutable, dada de antemano. Muy al contrario, a partir del siglo XVII, el investigador no conoce ninguna verdad de antemano, sino que la busca a través del método.

Bien es verdad que la imagen estática del universo permanece como condición *sine qua non*, para que sea posible el conocimiento, pero su orden inmutable no viene dado por revelación alguna, sino que consiste en unas leyes mecánicas, unas leyes del movimiento que son precisamente las que se descubren a través del método. Si una causa produce siempre los mismos efectos, sólo puede demostrarse por un desvelamiento metodológico y no por una creencia apriorística. Desde el siglo XVII, toda una corriente de sabios y filósofos, de Galileo a Descartes, Mersenne, Hobbes, hacen hincapié en este problema. El método de la nueva mecánica, basado en la matemática, es el instrumento para lograr «una transparencia radical del universo material y moral»³.

Ya Bacon, anunciando el espíritu, aunque no la letra —matemática—, del método de la ciencia moderna, había escrito: «El cojo dentro del camino adelanta al corredor fuera de él. Y también es claro y manifiesto que el que corre fuera del camino, tanto más se desvía cuanto más hábil y veloz es. Nuestro método de investigación de las ciencias es tal que no deja mucho lugar a la agudeza y vigor de la inteligencia, sino más bien pone a los talentos e ingenios a un igual. Pues así como para trazar una línea recta o describir un círculo perfecto importa mucho la firmeza y entrenamiento del pulso si se hace sólo por medio de la mano, pero poco o nada si se emplea una regla o un compás, lo mismo sucede con nuestro método»⁴. Y esta misma idea del camino recto y lento a través del método se encuentra en *Descartes*:

«Car ce n'est pas assez d'avoir l'esprit bon, mais le principal est de l'appliquer bien. Les plus grandes âmes sont capables des plus grands vices aussi bien que des plus grandes vertus, et ceux qui ne marchent que fort lentement peuvent avancer beaucoup davantage, s'ils suivent toujours le droit chemin, que ne font ceux qui courent et qui s'en éloignent»⁵.

Este es el caso de RANDALL, J. H.: «Scientific method in the school of Padua», *Journal of the History of Ideas*, vol. I, 1940, págs. 177 y ss.; CROMBIE, A. C.: *Historia de la Ciencia: de San Agustín a Galileo*, Alianza Ed., vol. II, págs. 98-112, Madrid, 1974. La tesis de la continuidad, esta vez en el campo de las ideas y símbolos políticos, es mantenida también por BECKER, C. L.: *La Ciudad de Dios del siglo XVIII*, F.C.E., págs. 38-41, México, 1943. La refutación de tal continuidad y la afirmación de la nueva «mirada» que supone la ciencia moderna, puede verse en KOYRÉ A.: «Los orígenes de la ciencia moderna», *op. cit.*, págs. 62-75, y en «Galileo y Platón», *ibidem*, págs. 168-179. También Butterfield separa «la transmisión literaria» de las ciencias medievales de la experimentación científica de la época moderna. BUTTERFIELD, H.: *The origins of modern Science*, (1300-1800), G. Bell and Sons, págs. 77 y sigs., London, 1957.

³ GUSDORF, G.: *Les sciences humaines et la pensée occidentale*, III. *La révolution galiléenne* (2 vols.), Ed. Payot, vol. I, pág. 245, París, 1969.

⁴ BACON, F.: *Novum Organum*, I, aforismo LXI, Losada, pág. 98, Buenos Aires, 1949.

⁵ DESCARTES, R.: «Discours de la méthode», I, en *Oeuvres y Lettres*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1953, pág. 126.

Un método que «iguala los talentos y los ingenios» —«el buen sentido, había también anunciado Descartes en la primera frase de su “Discurso del Método”, es la cosa mejor repartida del mundo»—; un método que permite tener la seguridad de encontrarse siempre en el «camino recto» hacia el conocimiento; un método que, además, se ha revelado eficaz para descubrir las leyes de la naturaleza, forzosamente tenía que convertirse en *el* método adecuado para el desvelamiento de la realidad toda.

Pero antes de mencionar lo que este imperialismo metodológico de referencia matemática del siglo XVII supuso para los hombres del XVIII y cuál fue su corrección⁶, conviene volver a la otra gran cuestión pendiente: la de una teoría del conocimiento que partía de un mecanismo y una dualidad entre sujeto-objeto que dejaba sin explicar la estructura posible del conocer. ¿Cómo el sujeto cognoscente podía llegar a establecer esas leyes matemáticas que regían la relación funcional del objeto de la realidad? De nuevo, ¿cuál era el eje coincidente entre las dos sustancias perfectamente diferenciadas? No es el momento para desarrollar los avatares de la teoría del conocimiento del racionalismo cartesiano⁷; a nuestros efectos, baste recordar que Descartes explica la coincidencia entre la estructura racional de lo real y la estructura racional de la mente del sujeto a través de su teoría de las ideas innatas. Pues concebimos lo externo no por la imaginación ni por los sentidos, sino porque llevamos dentro de nuestra mente los conceptos originales puros, que nos sirven de modelo para formar el resto de nuestros otros conocimientos⁸.

Pero, como es sabido, el racionalismo del siglo de las luces rechaza el fundamento idealista y metafísico de las ideas innatas como origen del conocimiento para sustituirlo por el empirismo de origen lockeano. La crítica al innatismo y la afirmación de que nuestras ideas se forman a partir de la experiencia sensible⁹, llevaba consigo un principio metodológico de decisiva importancia: la realidad debía ser comprendida por la observación directa, por el análisis concreto de los hechos y en ningún caso a través de un proceso deductivo procedente de nuestra propia mente. Habría quizá que insistir que la dicotomía racionalismo-empirismo que el siglo XVIII establece teóricamente de una forma tajante, enfrentando Descartes a Locke y Newton, es fruto de una lectura parcial e interesada; muy al contrario, la filosofía de las luces, «hija emancipada del cartesianismo, debe a Descartes y a Malebranche el gusto por el

⁶ No hay que olvidar que, coexistiendo con la corriente físico-matemática de estirpe platónica, se halla la epicúrea, recogida por Gassendi, Boyle, etc., que parte de una concepción atomística de la materia y opone, frente al pan-matematicismo de Galileo, la filosofía corpuscular. De la unión de ambas resulta la síntesis general newtoniana. Ver KOYRÉ, A.: «Sens et portée de la synthèse newtonienne», en *Etudes Newtoniennes*, Gallimard, págs. 33-34, París, 1968. Sobre este mismo tema y matizando las tesis de Koyré, puede verse la introducción de C. SOLÍS a la obra de GALILEO GALILEI, *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, Editora Nacional, págs. 18-32, Madrid, 1976.

⁷ Ver CASSIRER, E.: *El problema del conocimiento*, 4 vols. F.C.E., vol. I, págs. 514 y sigs., México, 1953.

⁸ DESCARTES: «Méditations métaphysiques», II y III, en *Oeuvres*, Pléiade, págs. 283 y 284-300. *Ibidem*, «Règles pour la direction de l'esprit», IV, Pléiade, pág. 47.

⁹ LOCKE, J.: *An Essay on the Human Understanding*. Book I, chap. 1, Introduction. G. Routledge and Sons Limited, págs. 1-5, London, s/f.

razonamiento, la búsqueda de la evidencia intelectual y, sobre todo, la audacia de ejercer libremente su juicio y llevar al espíritu la duda metódica»¹⁰.

La base empírica y experimental del racionalismo del XVIII es, como se verá, la otra cara de la moneda del racionalismo cartesiano de fundamento idealista y metafísico¹¹. En definitiva, ambos son consecuencia de una imagen mecánica de la realidad, que convierte teóricamente al sujeto en reflejo pasivo de la misma: tanto da que la intuición capte las naturalezas simples a través de la percepción clara y distinta de la filosofía cartesiana, como que el sensualismo empirista grave en la mente en blanco del ser humano las imágenes de la realidad externa a través de los sentidos¹². Como hoy sabemos, después de casi dos siglos de las distintas perspectivas críticas que iniciaran Hume y Kant, el hombre no refleja pasivamente, ni en sus sentidos ni en su entendimiento, la realidad objetiva. Dentro de ciertos límites, el hombre tiene la capacidad de avanzar y potenciar su reflejo más allá de las condiciones existentes; es, por tanto, un agente activo de transformación. Pero el estadio de la epistemología en el siglo XVIII no permite que la crítica al innatismo pase más allá de las interpretaciones materialistas mecanicistas al estilo de un Helvetius o La Mettrie, o de la interpretación idealista de un Berkeley negando la realidad exterior. Por revulsivos que resulten ambos monismos siguen sin resolver el problema base de la teoría del conocimiento en la época ilustrada¹³.

¹⁰ DESNÉ, R.: «La philosophie française au XVIII^e siècle», en *Histoire de la philosophie*, sous la direction de F. Châtelet, Hachette, París, 1972, vol. 4, pág. 82.

¹¹ Desde distintas perspectivas epistemológicas, puede estudiarse esta misma estructuración del racionalismo y empirismo, en REICHENBACH, H.: «Racionalismo y empirismo. Investigación sobre los orígenes del error filosófico», en *Moderna filosofía de la ciencia*, Tecnos, págs. 165 y sigs., Madrid, 1965, y en PIAGET, L.: «Les courants de l'épistémologie scientifique contemporaine», en *Logique et connaissance scientifique*, Encyclopédie de la Pléiade, Gallimard, págs. 1225 y 1238-1246, Dijon, 1967, *Ibidem*, «Biología y conocimiento», siglo XXI, págs. 245 y sigs., Madrid, 1969. *Ibidem*, «L'épistémologie génétique», P.U.F., París, 1970. Traducción castellana de J. A. del Val en Ed. Redondo, págs. 70-74 y 111-116, Barcelona, 1970. Desde el punto de vista de la moderna filosofía lógica y lingüística y no ya desde una visión histórica, que considera que esa dualidad clásica «razón-experiencia», o lo que es lo mismo «lo mental», «lo físico», estaba apoyada en un esquema sustancialista de categorías que separaba *sustancia* y *atributo*, de la misma manera que en la estructura gramatical se diferencia *nombre* y *adjetivo*, puede verse en RUSSELL, B.: «Espíritu y Materia», en *Retratos de memoria y otros ensayos*, Alianza Ed., págs. 147-151, Madrid, 1976, en lo que respecta especialmente a la filosofía cartesiana. Como tal coincidencia de estructuras, o más bien tal creencia en la igualdad entre la estructura de la realidad y la estructura lingüística, se ha quebrado en parte —aunque persista subconscientemente—, a partir de la microfísica del siglo XX y de la sustitución de «sustancia» (como categoría que equivalía a «lo permanente») por «proceso», puede verse, además de en el mismo Russell, en el libro de CAPEK, M.: *El impacto filosófico de la física contemporánea*. Tecnos, pág. 367, Madrid, 1965.

¹² LOCKE, J.: «An Essay on the Human Understanding», Book I, chapter 2, parag. 15, *op. cit.*; págs. 17-18. «...The knowledge of some truths, I confess is very early in the mind; but in a way that shows them not to be innate (...); it being about those first, which are imprinted by external things, with which infants have earliest to do, which make the most frequent impression on their senses...».

¹³ CASSIRER, E.: *Filosofía de la Ilustración*, (Traducción de E. Imaz), F.C.E., págs. 128-141, México, 1950. BREHIER, E.: *Historia de la filosofía*, 3 vols., Sudamericana, vol. II, págs. 293, 378 y sigs., Buenos Aires, 1944. WINDELBAND, W.: *Historia de la filosofía...*, 2 vols., Nova, vol. I, págs. 239-248, Buenos Aires, 1951. HULL, L. W. H.: *Historia y filosofía de la ciencia* (Traducción de M. Sacristán), Ariel, págs. 288-295, Barcelona, 1970. ALQUIÉ, F.: «Berkeley», en *Histoire de la philosophie*, sous la direction de F. Châtelet, vol. 4, *op. cit.* pág. 46.